

## Dos Poemas

### Poema original:

1

Aquí vine a saberlo. Después de andar golpeándome  
como agua entre las piedras y de alzar roncós gritos  
de agua que cae despedazada y rota  
he venido a quedarme aquí ya sin lamento.  
Hablo no por la boca de mis heridas. Hablo  
con mis primeros labios. Las palabras  
ya no se disuelven como hiel en la lengua.  
Vine a saberlo aquí: el amor no es la hoguera  
para arrojar en ella nuestros días  
a que ardan como leños resecos u hojarasca.  
Mientras escribo escucho  
cómo crepita en mí la última chispa  
de un extinguido infierno.  
Ya no tengo más fuego que el de esta ciega lámpara  
que camina tanteando, pegada a la pared  
y tiembla a la amenaza del aire más ligero.  
Si muriera esta noche  
sería sólo como abrir la mano,  
como cuando los niños la abren ante su madre  
para mostrarla limpia, limpia de tan vacía.  
Nada me llevo. Tuve sólo un hueco  
que no se colmó nunca. Tuve arena  
resbalando en mis dedos. Tuve un gesto  
crispado y tenso. Todo lo he perdido.  
Todo se queda aquí: la tierra, las pezuñas  
que la huellan, los belfos que la triscan,  
los pájaros llamándose de una enramada a otra,  
ese cielo quebrado que es el mar, las gaviotas  
con sus alas en viaje,  
las cartas que volaban también y que murieron  
estranguladas con listones viejos.  
Todo se queda aquí: he venido a saber  
que no era mío nada: ni el trigo, ni la estrella,  
ni su voz, ni su cuerpo, ni mi cuerpo.  
Que mi cuerpo era un árbol y el dueño de los árboles  
no es su sombra, es el viento.

2

En mi casa, colmena donde la única abeja  
volando es el silencio,  
la soledad ocupa los sillones  
y revuelve las sábanas del lecho  
y abre el libro en la página  
donde está escrito el nombre de mi duelo.  
La soledad me pide, para saciarse, lágrimas  
y me espera en el fondo de todos los espejos  
y cierra con cuidado las ventanas  
para que no entre el cielo.  
Soledad, mi enemiga. Se levanta  
como una espada a herirme, como sogas  
a ceñir mi garganta.  
Yo no soy la que toma  
en su inocencia el agua;  
no soy la que amanece con las nubes  
ni la hiedra subiendo por las bardas.  
Estoy sola: rodeada de paredes  
y puertas clausuradas;  
sola para partir el pan sobre la mesa,  
sola en la hora de encender las lámparas,  
sola para decir la oración de la noche  
y para recibir la visita del diablo.  
A veces mi enemiga se abalanza  
con los puños cerrados  
y pregunta y pregunta hasta quedarse ronca  
y me ata con los garfios de un obstinado diálogo.  
Yo callaré algún día; pero antes habré dicho  
que el hombre que camina por la calle es mi hermano,  
que estoy en donde está  
la mujer de atributos vegetales.  
Nadie, con mi enemiga, me condene  
como a una isla inerte entre los mares.  
Nadie mienta diciendo que no luché contra ella  
hasta la última gota de mi sangre.  
Más allá de mi piel y más adentro  
de mis huesos, he amado.  
Más allá de mi boca y sus palabras,  
del nudo de mi sexo atormentado.  
Yo no voy a morir de enfermedad  
ni de vejez, de angustia o de cansancio.  
Voy a morir de amor, voy a entregarme  
al más hondo regazo.  
Yo no tendré vergüenza de estas manos vacías  
ni de esta celda hermética que se llama Rosario.  
En los labios del viento he de llamarme

árbol de muchos pájaros.